
Fragmentos de Omar al Chafar

Apunte biográfico

Cuando el Duque Fond of the Bottle me sugirió que revelara al mundo mis traducciones de Omar al Chafar, debo confesar que íbamos por la vigesimosegunda y vigesimocuarta copa de jerez, respectivamente, aunque ahora no estoy seguro si las copas eran doble de tamaño o imagen y si había leído mis traducciones o no.

Durante mis treinta y dos años de servicio como Cónsul de Su Más que Graciosa Majestad en la lejana Guad al Jayyara (río de piedras y no Guad al Jara, río de deposiciones, como insinúan mis detractores), contraí la sed de jerez que me comprometió a esta publicación y el descubrimiento de los escasos pero desconocidos fragmentos de Omar al Chafar, cuyo único dato biográfico seguro es que probablemente vivió. Establecer en qué siglo concreto resulta por los menos complicado, pues entre el año que le falta a la datación occidental y los siglos que omite la musulmana, el cálculo más aproximado es que su vida transcurrió hace bastante tiempo. Parece verosímil que supiera escribir porque los errores ortográficos de sus originales aparecen tachados o sobrescritos y no cuidadosamente borrados y vueltos a cometer como los de las secretarías y copistas, pero existe una total ignorancia respecto a su profesión, pese a que de sus escritos (fragmento E, 6) puede deducirse con cierta lógica que pagaba impuestos, lo que descarta que fuera gobernante o rico.

Asimismo, es posible que estuviese casado, como debería inferirse de varios fragmentos (E, 1 y E, 4) donde hace referencias resignadamente desfavorables al matrimonio, pero parece que este tema es demasiado universal como para considerarlo característica notoria de un solo autor. Sin embargo, haber escrito contra las mujeres, podría significar que era viudo de sus cuatro esposas legales, pues sus ideas no expresan ningún temor a represalias como la castidad punitiva o la comida indigesta. También podría deducirse que sus mujeres, además de analfabetas, serían sordas, dado que ningún autor se priva fácilmente de un auditorio, pero esta situación no coincide con la lógica rigurosa de Omar, que en tal caso las hubiese elegido mudas. De manera que puede concluirse con bastante exactitud, que su estado civil fue el de un adulto de su época, precisión que no agrega nada a su obra, como todas las precisiones biográficas.

De las tres anécdotas que suelen atribuírsele, la que cuenta que inventaba proverbios para elevar y ampliar las conversaciones de los ancianos¹, permitiría suponerle inclinaciones filantrópicas, como lo confirma la alusión final que los ancianos hicieron respecto a su padre (fragmento E, 3), pues en la vejez todo cambio siempre resulta para

¹ Citado por Lord Tipsiness en «Rasgos comunes entre la cultura árabe y el slang», M. Pub., 1915. No cita de dónde cita la cita.

peor. Posteriormente, ha habido cierta discusión acerca de si el fragmento E, 3 se refiere a los ancianos cuya educación pretendía Omar (Goit y Solo, «Defensa del árabe medio y otros», Ediciones de la Raza, 1980) o si fue justamente inspirado por ellos. Me parece una discusión bizantina, aplicable, por tanto, a la novela, la teología o a la política, no a los refranes de autor, y mucho menos, una venganza catalana, en la acepción bizantina de la frase, como aducen algunos.

La segunda anécdota viene en el «Libro de los perfumes de Oriente», denominación que el lamentable eurocentrismo de muchos ha cargado de olor desagradable, escrito por Ibn Waledoh, según la traducción inglesa de miss Hag Toper, editorial Sea Elephant, 1934: «Un miserable comía las hojas de hierba que encontraba en su camino, mientras se lamentaba amargamente de su suerte; pero al mirar hacia atrás vio que Omar al Chafar saboreaba goloso lo que él desechaba; conmovido el miserable al descubrir que siempre hay alguien más desventurado que uno mismo, recibió una glacial respuesta de Omar: de las zanahorias sólo se come la raíz.»²

La tercera anécdota que suele ser citada parcialmente, es decir, cercenando su final, fue atribuida a Omar por el arabista Trunkenbold de indudable origen alemán, pues le dedica dos tomos de quinientas páginas cada uno en su «Breve aproximación a la personalidad tal vez apócrifa de Omar al Chafar» en dieciocho tomos, ediciones Mosela, 1950: «Cierta vez que Omar vagabundeaba por el desierto quejándose de su pobreza, fue requerido por un león para que le extrajera una espina que tenía clavada en la garra, buena obra a la que al Chafar accedió por su caritativo corazón y porque no había ninguna palmera razonablemente cerca; agradecido el león por su atención veterinaria gratis, le preguntó cuál era su mayor deseo, a lo que Omar respondió que heredar lo suficiente para vivir bien sin despertar la envidia de sus vecinos; pocos días después al Chafar heredó a un tío lejano de discretas pero saneadas rentas, que fue devorado por el león agradecido.» Lamentablemente, Trunkenbold escamotea en sus dieciocho tomos que Omar al Chafar tenía alguna experiencia como domador, fragmento E, 8.

Hay una cuarta anécdota que se refiere a la causa probable de la muerte de Omar y que no ha sido citada antes por nadie, pues es un aporte totalmente personal, del que me enorgullezco todo lo que mi modestia lo permite. Me fue referida por un camellero retirado que me guió durante mis investigaciones y al que traté de enseñar a jugar al cricket durante los treinta años que estuvo a mi servicio, objetivo que no logré acaso por el mismo trauma que ocasionó su retiro como camellero: la única vez que subió a un camello se mareó tanto, que prefirió la inestabilidad de la arena al balanceo del animal. Pues bien, mi criado me refirió una tradición local sobre la muerte de Omar al Chafar, después de cobrarme durante quince años anticipos a cuenta de una revelación que, dado que vulneraba los secretos de la tribu, hacía peligrar su vida, por lo que él los invertía en la compra de esposas jóvenes³. La tradición es la siguiente: por las características de

² Considero un tanto libre la traducción de la palabra fría por glacial, si se tiene en cuenta que la anécdota transcurre en un oasis del desierto ecuatorial.

³ Aunque en la moneda del país resultó una suma considerable, el hecho de que el comercio internacional de Guad al Jayyara también fuese de mi competencia, al cambio actual serían unas 50 libras aproximadamente.

los tiempos que le tocó vivir, la muerte de Omar al Chafar fue una muerte natural, ya fuese violenta, por enfermedad o por simple vejez.

Notas sobre los fragmentos

No fue, como se verá al leer su obra, que me dediqué a traducir a Omar al Chafar porque no tenía algo mejor que hacer, pues aunque desde el siglo XII no pasen más caravanas por Guad al Jayyara y el súbdito inglés más próximo —John Smith y Wesson, agente libre desmembrador de naciones por cuenta del imperio— estuviese a 1.412 millas (no 1.500) en línea recta, nada me eximía de los laboriosos informes sobre el estado de las dunas en mi jurisdicción, que servían para calentar el despacho del undécimo ujier del Foreign Office (mis informes, no las dunas): descubrir a al Chafar fue un deslumbramiento, pues sus manuscritos estaban escondidos en un jarrón de bronce; y una aventura, entre otras razones, porque traducir de izquierda a derecha lo que está escrito de derecha a izquierda es sumamente embarazoso.

La obra conocida por mí de Omar al Chafar se compone de diversos fragmentos, en primer lugar porque se me rompieron los pergaminos al sacarlos del jarrón; y, en segundo término, porque él mismo los tituló «Fragmentos para componer un libro variado y grueso cuando tenga tiempo», aunque luego no lo realizara y, además, no sea un título sino un propósito⁴. Para facilitar su estudio los he dividido en varios capítulos (siete) A, B, C, D, E, F y G, porque detesto los números romanos debido a su irritante tendencia a confundirme después de mi octava copa de jerez, lo que muchas veces me ha hecho perder mi sentido de la puntualidad y del equilibrio al ponerme en pie rápidamente.

Dentro de cada capítulo los fragmentos están dispuestos de acuerdo al orden en que estaban numerados, aspecto de mi traducción que conviene resaltar porque si tardé tantos años en finalizarla fue por el rigor de mi exigencia de no empezar la siguiente hasta no terminar la anterior o algo así. Respecto a la filosofía que se desprende de los fragmentos de Omar al Chafar, declino toda responsabilidad: mi traducción es tradicional y conservadora, de acuerdo con mis convicciones más profundas, no liberal ni, menos aún, laborista. Creo que la frase para convencer electores de Sir Boozer «la persona que nunca haga una tontería, nunca hará nada interesante», explica concisa y suficientemente los objetivos de mis trabajos literarios.

Algunos reconocimientos

Esta traducción no hubiera sido lo que es sin la perseverante colaboración comprensiva de Mr. Osborne, Mr. Terry y Mr. Byass que evitaron mi deshidratación, ni sin la habilidad de Mr. Tart Wine, que pese a sus continuas protestas, limpió mi máquina de escribir de arena, borraduras de goma y alacranes del desierto, a partir de la tercera botella.

⁴ Las características propias de la caligrafía jayyarí hacen que la diferencia entre componer y no componer dependa de un punto, que con la cantidad de moscas habituales en Guad al Jayyara, podrían transformar la traducción en: «Fragmentos para *no* componer un libro variado y grueso cuando tenga tiempo», apunte que también coincide con el escepticismo perezoso de Omar al Chafar.